

para producirla ó no, sino que está sujeto á leyes necesarias en sus relaciones con mis órganos.

El mismo objeto, á pesar de ponerse delante, no será visto si está á oscuras, lo que prueba que, en faltando la condicion de la luz, la sensacion no puede ser producida por el objeto. Luego este se halla en relaciones necesarias, no solo con mis órganos, sino tambien con otros seres de la naturaleza independientes de la accion del mismo, como de la voluntad del ser sensitivo.

60. Luego las sensaciones son fenómenos producidos en nuestra alma por seres distintos de ella, no sometidos á nuestra voluntad, y sujetos á un orden necesario, entre sí, y con relacion á nuestros órganos. Queda pues demostrado del modo mas riguroso, que las sensaciones no son fenómenos puramente internos, y por consiguiente resulta convencido de contrario á la razon el escepticismo idealista.

CAPÍTULO XI.

ANÁLISIS DE LA OBJETIVIDAD DE ALGUNAS SENSACIONES.

61. Examinemos ahora una cuestion mas delicada; ¿qué son los objetos que nos causan las sensaciones? ¿El mundo externo está realmente representado en ellas como el original en su copia? ¿Los colores, los sonidos, el olor, el sabor, el calor, el frio y demás calidades relativas al tacto, se hallan realmente en los objetos ó están solo en nosotros?

En el capítulo precedente hemos demostrado la realidad, y ciertos caracteres generales de los objetos; ahora se trata de saber si esta realidad comparada con la sensacion, es causal ó representada; en otros términos, si la sensacion es una imagen ó solo un efecto del objeto que la produce.

62. Nuestras sensaciones de color, sonido, sabor, olor, y aun algunas afecciones del tacto, no son representativas de calidades que estén en los objetos.

63. ¿Qué es el calor en cuanto sensacion? Es una afeccion de nuestro ser sensitivo; decir pues que en el objeto mismo

hay algo semejante, es atribuirle sensibilidad. Un alfiler punzando nos causa una sensacion dolorosa; y sin embargo no nos ocurre siquiera que en la punta del alfiler haya algo parecido al dolor de la punzada. La paridad no admite réplica; y si queremos dar á los cuerpos que nos calientan una propiedad semejante al calor que nos causan, debemos por la misma razon atribuir dolores á la punta de un alfiler, al canto de una piedra, ó á otro cuerpo que nos lastime.

64. Es evidente que lo mismo se puede decir del frio y algunas otras calidades relativas al tacto; y por consiguiente debemos inferir que en los objetos externos hay configuraciones, movimientos, propiedades mecánicas ó químicas que afectan de cierta manera nuestro órgano; pero no que ellos tengan calidades cuya copia sean las sensaciones.

65. El mismo raciocinio se puede aplicar al olor, al sabor y al sonido. Estas cosas son fenómenos propios del ser sensitivo: imaginar en la comida un olor y sabor semejantes á los que nos causa, es atribuirle olfato y gusto; así como el hacer del sonido una cosa externa, inherente al cuerpo sonoro, es animar hasta los inorgánicos, entre los cuales se hallan los mas sonoros.

66. Es verdad que, por falta de reflexion, atribuimos estas calidades á los objetos; pero lo hacemos de una manera confusa, sin deslindar entre el carácter de representacion y el de efecto. Ni tampoco es del todo exacto que traslademos estas calidades á lo exterior; aqui hay mas confusion de palabras que de ideas. Pregúntese al hombre mas ignorante si cree que en el fuego haya una cosa que *sienta* calor como lo siente él, y responderá que no; preguntadle si en el hielo hay un ser que tenga frio como lo tiene él, y contestará que no; dirá que el fuego *causa* calor, pero no que *sienta* calor; que el hielo es frio, mas no que *tenga* frio. Si se le insta para que deslinda bien estas cosas, se verá confundido, porque no está acostumbrado á reflexionar sobre ellas, á distinguir lo puramente objetivo de lo puramente subjetivo; pero esto no significa que en el fondo su equivocacion sea tanta como algunos creen.

67. Con respecto al color ya se ofrecen mas dificultades para deshacerse de la preocupacion, porque en realidad tenemos muy arraigada la creencia de que en la superficie están

los verdaderos colores, y que nuestras sensaciones no son mas que una copia de lo que hay en el objeto externo. La luz nos parece una condicion necesaria para ver el color, pero no el color mismo. No obstante, reflexionando detenidamente, se descubre que no hay diferencia entre esta sensacion y las demás.

68. La sensacion del color, por lo mismo que es sensacion, es un fenómeno inherente al ser sensitivo, un hecho de conciencia: luego el imaginar fuera de nosotros algo semejante, es atribuir á los cuerpos vistos la facultad de ver.

69. En apoyo de esta razon de estética trascendental, vienen las observaciones físicas, las cuales manifiestan que en el color no hay nada fijo, y que todo es relativo á nuestra organizacion y á los cuerpos intermedios. Un papel blanco resulta pintado de lindos colores si se interpone un prisma que rompa los rayos solares, lo cual muestra que según la direccion de estos y el modo con que se combinan, experimentamos una sensacion diferente. Si el ojo, en vez de humores perfectamente transparentes, los tuviese colorados, veriamos los objetos de diverso color, según fuese el de los humores; de lo cual nos podemos formar una idea, considerando que, si miramos al través de un vidrio de color, todo lo vemos del mismo color.

70. Sin que se llegue á un trastorno de esta naturaleza, es muy probable que hay entre los hombres no pocas diferencias en cuanto á los colores: no es regular que todos los vean exactamente de una misma manera, habiendo tantas diferencias entre los órganos de los varios individuos.

71. Estas ligeras diferencias, dado caso que las haya en cuanto á los colores, no pueden producir ninguna perturbacion en el uso comun, pues no resultaria ni aun cuando fuesen muy graves, suponiendo, por ejemplo, que un individuo viese amarillo todo lo que los demás ven encarnado. La razon es porque, siendo el vicio de nacimiento, las palabras y cuanto sirviese á designar los objetos y las sensaciones seria lo mismo, la diferencia estaria en el ser sensitivo, sin que jamás la sospechase ni él ni los otros.

72. Esta teoria no despoja, por decirlo así, á la naturaleza de sus galas sino para trasladarlas á nuestro interior, pues que manifiesta que no tanto se hallan en los cuerpos, como en el

ser admirable que está dentro de nosotros. La naturaleza es hermosa cuando hay un ser que conoce ó siente su hermosura; esta es relativa: si se le quita la relacion con lo viviente debe de ser hermosa, y se convierte en un abismo de tinieblas y silencio. La belleza de los colores, la armonia de la música, la fragancia de los aromas, la delicadeza de los sabores están en nosotros; el mundo es un conjunto de objetos que no encierran nada parecido á estos fenómenos del ser viviente; su belleza principal está en sus relaciones con nuestros órganos para causarnos las sensaciones: lo mas recóndito y admirable de este asombroso misterio está en nosotros mismos.

CAPÍTULO XII.

REALIDAD OBJETIVA DE LA EXTENSION.

73. El idealismo quedaria triunfante si no encontrásemos en los objetos externos algo parecido á nuestras sensaciones; porque si, después de haber dicho que el color, sonido, olor, sabor, calor, frio y otras calidades sensibles son, con respecto á las sensaciones, no originales que en ellos se nos retraten sino causas que las producen, afirmásemos lo mismo de la extension, el mundo resultaria inextenso, y se arruinarian todas las ideas que tenemos sobre el universo corpóreo. En tal caso debiéramos admitir que hay seres que causan nuestras sensaciones, pero nada mas sabriamos sobre ellos; y todas las nociones de la ciencia geométrica no tendrían ninguna correspondencia en la realidad. Es pues de la mayor importancia señalar la diferencia entre la sensacion de la extension y las demás, probando que aquella debe tomarse como una copia de lo que realmente existe en la naturaleza, y que los objetos no solo nos causan la impresion de ciertas formas, sino que en efecto las poseen semejantes á las que se representan en nuestro interior. Demostraremos, pues, la siguiente proposicion.

74. La extension de los objetos de nuestras sensaciones, ó sea el conjunto de las dimensiones de longitud, latitud y profundidad, es una cosa real fuera de nosotros.

75. La verdad de esta proposición se prueba primeramente por la invencible resistencia que experimentamos al intentar ponerla en duda. Sin dificultad nos persuadimos de que una manzana que está á nuestra vista no tiene nada semejante á las sensaciones de sabor y olor que nos produce; y que ella en sí solo posee ciertas partículas que, llegando al olfato ó al paladar, nos causan dichos efectos. Tampoco encontramos inconveniente en creer que el frío ó el calor, tales como los experimentamos al tocarla, no están en ella, y que solo posee las calidades necesarias para excitarlos en nosotros. El leve ruido que hace al manosearla, lo atribuimos, sin costarnos trabajo, á sus vibraciones que conmueven un poco el aire. Por fin, tampoco encontramos mucha dificultad en qué se diga que su color no es una calidad de la misma, y que solo dimana de la manera especial con que la luz refleja en su superficie. Pero si, después de haber despojado á la manzana de sus calidades sensibles, intentamos despojarla también de su extensión, afirmando que no tiene ningun volumen, que carece de partes, que su extensión se halla solo representada en nosotros, pero que en realidad no hay nada semejante, y si únicamente un ser que nos produce la representación interna de la misma, nos es imposible asentir á semejante paradoja, y todos los esfuerzos de la voluntad no bastan á dominar la voz de la naturaleza. ¿Quién es capaz de persuadirse que su propio cuerpo no tiene parte alguna; que no es largo, ni ancho, ni hondo; que lo mismo son los objetos que le rodean; que no hay distancias; que no hay cosas grandes ni pequeñas; y que todo cuanto significamos con estos nombres no son mas que apariencias, fenómenos puramente internos, causados en nosotros por serés que no tienen nada semejante?

76. Mientras nos resta en los objetos la extensión, explicamos cómo nos pueden causar las sensaciones; porque de ellos salen columnas de flúidos que afectan nuestros órganos, su superficie se aplica á la de nuestro cuerpo para producirnos las sensaciones del tacto, y en ella se reflejan los rayos de luz que vienen á nuestros ojos; pero si no hay en los objetos extensión, no hay partes, no pueden enviarnos efluvios, ni ofrecernos superficies; todo se trastorna en nosotros y fuera de nosotros.

77. La geometría es una de las ciencias mas ciertas y evi-

dentes; y sin embargo desaparece del todo si quitamos á los objetos la extensión. Claro es que al hablar de volúmenes, superficies y líneas, no tratamos de estas cosas en cuanto están en nuestro interior, sino en cuanto se hallan en lo exterior, ó reales ó posibles. Admitiendo la hipótesis idealista, la geometría se reduce á combinaciones de hechos puramente internos, á los cuales no se sabe que corresponda ningun objeto, real ni posible; por consiguiente pierde su naturaleza; y una de las ciencias mas ciertas y evidentes se reduce á un juego de palabras cuando se quieren hacer aplicaciones de ella en lo exterior.

78. Las ciencias naturales desaparecen también en faltando la extensión. Así, por ejemplo, cuando la catóptrica asienta que en la luz el ángulo de reflexión es igual al ángulo de incidencia, no podrá significar otra cosa sino que en la apariencia de eso que llamamos luz, la apariencia del ángulo de reflexión es igual á la apariencia del ángulo de incidencia. Cuando la mecánica establece que las fuerzas de una palanca están en razón inversa de la longitud de sus brazos, solo podrá significar que la apariencia de las fuerzas de una palanca está en razón inversa de la aparente longitud de la apariencia de sus brazos. En vano nos hablará la astronomía de masas, volúmenes, velocidad y órbitas de los cuerpos celestes; no habiendo extensión real, solo habrá apariencia de masas, volúmenes, movimientos, velocidades y órbitas; fenómenos internos que nos causaría no sabemos qué objeto, y que por una extrañeza inconcebible nos obligaría á creer real y fuera de nosotros, lo que es meramente ideal y solo está en nosotros.

79. La realidad objetiva de la extensión no se prueba solamente manifestando las consecuencias absurdas que de lo contrario resultarían, sino también con demostración fundada en la íntima naturaleza de la cosa. Vamos á ver este nuevo género de pruebas; pero adviértase ante todo, que al añadir las no se quiere dar á entender que la primera no sea suficiente. Las demostraciones que estriban en lo absurdo de la suposición contraria son tan sólidas como las directas; porque no puede ser nunca verdad lo que trae consecuencias repugnantes. Así, basta el haber manifestado que el negar la realidad objetiva de

la extensión trastorna nuestras ideas científicas, para que jamás se la pueda poner en duda.

80. La extensión analizada ideológicamente contiene: multiplicidad y continuidad. Multiplicidad, porque ningún ser extenso es uno, en todo el rigor de la palabra; por lo mismo que es extenso consta de partes, las que no se pueden concebir sin ser distintas entre sí. Continuidad, porque para formar extensión no basta que haya muchos seres, es preciso que sean tales y estén de tal modo unidos que puedan constituirlos. Si concebimos muchos espíritus nos resulta muchedumbre, y sin embargo no concebimos nada extenso. La aritmética se ocupa siempre de cosas múltiples, y no obstante, su objeto no es la extensión.

81. Tanto la multiplicidad como la continuidad de los seres que nos causan las sensaciones, podemos conocerla por medio de estas. Cuando vemos ó tocamos un objeto, la sensación se nos ofrece como de puntos distintos entre sí; y esto se halla en la misma naturaleza de dichas sensaciones. Nos es imposible ver un objeto si no hay en él partes distintas que se nos presenten; la vista de un punto indivisible es una idea contradictoria. Lo propio sucede en el tacto, pues que las sensaciones de este implican por necesidad una distinción entre las partes de cuyo conjunto y situación nos informa.

82. La continuidad, es decir, la disposición de los objetos bajo esa forma que llamamos extensión, es un hecho que, aunque de cierto existe fuera de nosotros, y está representado en nuestro interior, no puede sujetarse á riguroso análisis. Nada significa el decir que la extensión es la ocupación del espacio, porque faltará entonces explicar en qué consiste la extensión del mismo espacio. Añadir que ser extenso es hallarse unas partes fuera de otras, tampoco aclara nada, porque ese fuera no es concebible en no habiendo extensión; luego entonces se explica la extensión por la extensión misma, y por tanto se incurre en el vicio de hacer entrar en la definición la cosa definida.

83. Parece pues que nos es preciso mirar la extensión externa como un hecho que no podemos analizar, sino para descubrir en él la multiplicidad y sujetarle á medida; y que su representación interna la debemos considerar también como

un hecho primitivo de nuestro espíritu, que se desarrolla en nosotros tan pronto como se ponen en ejercicio las facultades sensitivas.

84. Aquí se nos puede objetar una dificultad. La extensión, como representada en nosotros, es un fenómeno puramente interno, es una sensación; luego si la atribuimos á los objetos externos, los hacemos sensitivos. Precisamente, este es el raciocinio con que hemos combatido la realidad objetiva de las calidades sensibles, consideradas como tipos de nuestras sensaciones; ¿porqué, pues, no se podrá aplicar á la extensión? La dificultad se funda en una paridad y así quedará desvanecida, si señalamos las diferencias entre uno y otro caso.

85. La primera y mas obvia es que el negar la realidad objetiva de las calidades sensibles como tipos de nuestras sensaciones, no trastorna nuestras ideas científicas, lo que sucede si aplicamos lo mismo á la extensión. Así, aun suponiendo que el raciocinio nos pareciera concluyente también para esta, deberíamos detenernos, porque no hay razon de ninguna especie que pueda legitimar la afirmación de un absurdo. Cuando ocurre un conflicto de esta naturaleza, y el absurdo en que vamos á incurrir es evidente, la razón nos prescribe que reconocamos un vicio oculto en el argumento que nos lleva á lo contradictorio.

Esta solución desvanece la dificultad apelando, por decirlo así, á una prudencia filosófica; bastaría para no caer en el absurdo; sabríamos que hay disparidad, pero ignoraríamos en qué consiste y de dónde nace. Así conviene señalar otra diferencia, fundada en la misma naturaleza de la cosa.

86. La extensión, aunque sea una condición indispensable para el uso de los sentidos, no es objeto directo de ninguno de ellos. La vista y el tacto, que son los que se refieren á ella de un modo mas especial, no la sienten directa é inmediatamente. El ojo para ver los colores necesita tenerlos en una extensión, pero no ve la extensión misma, sino los colores; el tacto para sentir la blandura ó la aspereza necesita una extensión, pero no siente la extensión en sí misma, sino las calidades de blandura ó aspereza inherentes á ella.

Así la extensión debe ser mirada como una especie de sujeto de las calidades sensibles de los objetos; pero no como objeto

inmediato y directo de la sensibilidad. Si concibiésemos una extensión sin olor, sabor, sonido, color ni propiedad alguna relativa al tacto, sería incapaz de afectar nuestros sentidos.

87. Esta observación deshace radicalmente la dificultad propuesta: porque si la extensión no es un objeto inmediato y directo de las sensaciones, al afirmarla existente en lo exterior, no atribuimos á los objetos extensos el carácter de sensitivos; solo señalamos una propiedad que se nos hace perceptible por medio de los sentidos. Hé aquí, pues, cómo no hay paridad entre las sensaciones propiamente dichas y la percepción de la extensión; aquellas son fenómenos internos que no podemos trasladar á lo externo; pero esta es un hecho externo que se nos hace perceptible por conducto de los fenómenos internos. Las figuras que no son más que modificaciones de la extensión, se hallan representadas en nuestro interior; pero esta misma representación es imposible sin el color; luego ni aun la disposición de partes, esto es, lo más característico que hay en la extensión, no se ofrece directa é inmediatamente á nuestras facultades sensitivas.

88. La geometría trata de la extensión prescindiendo de los colores y de toda calidad sensible; entonces no se halla la ciencia en el terreno de las representaciones sensibles sino de las ideas puras, ó sea de los objetos del entendimiento puro; pues que la misma geometría, si quiere echar mano de las representaciones sensibles ó imaginarias, necesita emplear el color ú otra calidad que pueda afectar los sentidos. Este carácter de la extensión, ó su posibilidad de ser despojada de las propiedades sensibles convirtiéndose en objeto del entendimiento puro, manifiesta más y más que ella en sí, en su esencia, no es una sensación, pues que si tal fuese no podría ser despojada de su naturaleza sensible; no se puede destruir la esencia de una cosa sin destruir la cosa misma. (V. *Filosofía fundamental*, lib. II, cap. VIII y IX, lib. III, cap. desde el I hasta el VII, y desde el XVIII hasta el XXX.)

CAPÍTULO XIII.

COMPARACION DE LA APTITUD RESPECTIVA DE LA VISTA Y EL TACTO PARA DARNOS IDEA DE LOS OBJETOS EXTERNOS.

89. Condillac es de opinion que el sentido maestro es el tacto. Según este filósofo, solo con el tacto podremos formarnos idea de la extensión; de manera que la vista por sí sola no bastaría para darnos idea de los objetos externos; la vision se nos ofrecería como un fenómeno puramente subjetivo; no conoceríamos figuras, distancias ni movimiento. Esta opinion me parece infundada.

90. La vista tiene por objeto propio y característico los colores: y los colores no se pueden ni siquiera concebir sin una superficie. Toda superficie es extensa; luego en la misma sensación visual entra por necesidad la representación de la extensión.

91. Para comprender cómo la vista puede darnos idea del volumen, basta considerar que este no es más que el conjunto de las tres dimensiones: longitud, latitud y profundidad; la vista nos da idea de las dos como acabamos de demostrar (90); pues la superficie implica longitud y latitud; luego no hay inconveniente en que nos la dé de la otra.

Se convendrá en la legitimidad de la consecuencia si se reflexiona que las tres dimensiones que constituyen el volumen no se distinguen sino por la posición que ocupan respecto á nosotros: la misma que llamamos longitud del libro, por ejemplo, se convertirá en latitud y profundidad si se le coloca de diferente manera, ó se le mira desde un punto diverso. Luego el sentido que percibe las dos dimensiones podrá percibir fácilmente la tercera, con tal que la variedad de las posiciones de los objetos le presente esas dimensiones en una relación diferente. Esto último sucederá por necesidad, á causa del movimiento de los objetos ó del ojo; por consiguiente la vista por sí sola podría darnos idea de las figuras y de las distancias sin necesidad del tacto. (Véase *Filosofía fundamental*, lib. II, cap. desde el X hasta el XVI.)

92. La misma idea de resistencia, la que parece exigir de un modo mas especial el sentido del tacto, puede tambien resultar de la sola vista. Para concebirlo adviértase que no se trata de la sensacion de tacto que experimentamos al encontrar un cuerpo resistente, porque esto equivaldria á decir que la vista puede tocar. Se habla pues únicamente de la resistencia considerada como simple relacion de un cuerpo á otro detenido en su movimiento. Sea un cuerpo recorriendo la línea b — d — c , si un observador ve que el cuerpo recorre constantemente toda la línea $b c$, excepto cuando se interpone otro en el punto d , inferirá naturalmente que la detencion del cuerpo movido depende de la interposicion del otro, y por tanto mirará á este último como resistente. Nada mas se necesita para formar la idea de resistencia; pues la sensacion de tacto es un hecho subjetivo del ser que la experimenta, y que nada tiene que ver con el objetivo ó sea con la relacion del cuerpo detenido al obstáculo que le detiene.

93. El argumento mas grave en favor de la opinion que combatimos es la experiencia hecha en un ciego, jóven de trece á catorce años, á quien un distinguido cirujano de Londres, llamado Cheselden, hizo la operacion de las cataratas, primero en un ojo y después en el otro. Los fenómenos mas notables fueron los siguientes:

1º. Cuando el niño comenzó á ver creyó que los objetos tocaban á la superficie de sus ojos.

2º. No se formaba ninguna idea de la relacion de los tamaños y distancias. Así no sabia concebir cómo la casa podia parecerle á la vista mas grande que su gabinete. Tampoco alcanzaba á comprender cómo pudiese haber otros objetos fuera de los que veia: todo le parecia inmenso.

3º. No distinguia entre los objetos, por mas diferentes que fueran en tamaño y forma.

Infiere de esto Condillac, que la vista por sí sola no nos da idea de la extension ni de las distancias, pues que habiéndola observado en los primeros pasos de su ejercicio, dió los resultados que acabamos de consignar.

94. El argumento es especioso; y por de pronto parece concluyente, pero examinado con severa crítica se le encuentra

muy débil. Para comprender bien la solución de la dificultad conviene tambien notar algunas circunstancias del hecho.

95. El niño antes de la operacion no estaba completamente ciego: distinguía el dia de la noche; y en habiendo mucha luz, discernia lo blanco, lo negro y lo encarnado. Esta circunstancia es importante, porque manifiesta que el ciego debia de tener la costumbre de considerar los objetos pegados á sus párpados; de lo cual nos formaremos una idea, observando lo que nos sucede cuando cerramos los ojos en medio de la luz. Así pues, ya no es tan extraño que al caer las cataratas creyese que los objetos que se le presentaban mas claros estaban en el mismo sitio al cual solia referir las sensaciones oscuras.

96. La confusion de sus sensaciones nuevas, solo prueba que la vista, para darnos idea clara y exacta de los objetos, necesita de cierta práctica que le sirva de educacion. ¿Qué sucederia si á un hombre privado del tacto se le despertase de repente este sentido? Es cierto que sus sensaciones al principio estarian en una confusion semejante. La experiencia de cada dia nos enseña que el tacto se perfecciona mediante el ejercicio; luego en sus primeros actos estaria en la mayor imperfeccion.

97. Un órgano que ejercia sus funciones por primera vez, debia ser sumamente débil, y transmitir muy mal las impresiones. Si nosotros, al pasar repentinamente de las tinieblas á la luz, apenas alcanzamos á distinguir los objetos, y á veces no vemos casi nada, ¿qué debia suceder en quien veia por primera vez y á la edad de trece años?

98. En la relacion del oculista parece notarse una contradiccion: dico que el niño no discernia los objetos, pero que le gustaban con preferencia los mas regulares; si unos le agradaban mas que otros, los discernia, pues que sin discernimiento no hay preferencia.

99. El no reconocer con la vista los objetos que tenia ya conocidos con el tacto, tampoco prueba otra cosa sino que no estaba acostumbrado á comparar los dos órdenes de sensaciones. Sabia por ejemplo que una bola le causaba en el tacto la sensacion de un cuerpo esférico, pero ignoraba qué sensacion debia causarle á la vista; y así no podia verificar el reconocimiento de los objetos hasta que la experiencia le

hubiese enseñado á combinar las sensaciones, reuniéndolas en uno mismo, como en su causa comun.

100. Es tambien de notar que se trata de un niño de trece años, falto por consiguiente de espíritu de observacion, y que en el atolondramiento de las primeras impresiones, debia de decir mil cosas incoherentes, y mucho mas hablando en una lengua que no entendia, cual era la de las sensaciones visuales. Él sabia los nombres de los colores, tamaños, figuras, lindes, movimientos, etc., etc.; pero nada de esto podia haber referido á las sensaciones de la vista: así, hasta que pasase algun tiempo, no pudo responder con exactitud á muchas preguntas que se le harian, por ignorar su significado. El ciego habla de los objetos de la vista; mas para él las palabras no representan lo mismo que para nosotros.

101. La impresion de agradable ó desagradable es algo comun á todas las sensaciones; y hé aqui explicado porqué el niño, de quien se dice que no distinguia los objetos, indicaba no obstante los que le eran mas gratos. Cuando se le preguntaria sobre los límites, tamaños y figuras, no responderia con exactitud, ya por la debilidad del órgano, ya por su atolondramiento, ya por no entender bien lo que se le preguntaba; pero al tratarse de la sensacion de placer, la confusion desaparecia; comprendia muy bien lo que las palabras significaban, y por lo mismo era capaz de señalar á cuál de los objetos daba la preferencia.

102. De estas observaciones inferimos que los experimentos hechos en el ciego de Cheselden solo prueban: que el órgano de la vista no adquiere la debida fuerza y precision sino con algun tiempo de ejercicio; que sus primeras impresiones son por necesidad confusas; y que faltando la costumbre de compararlas entre sí y con las de otros sentidos, han de inducirnos á juicios inexactos.

103. Pero como lo mismo sucede en todos los sentidos, resulta que Condillac nada adelanta en pro de la superioridad del tacto. Sin desconocer la utilidad de este sentido para la rectificacion de muchos juicios relativos á la extension, me parece que, lejos de que se le haya de levantar sobre los demás, es uno de los mas inferiores. Limitado á lo contiguo, no puede salvar las distancias, ni apreciar sino objetos muy redu-

cidos; su medio de percepcion, la aplicacion de superficie con superficie, es de lo mas grosero y tardio en el orden de la sensibilidad. La vista nos ofrece las estrellas fijas, distantes de nosotros millones de leguas; el oido nos avisa de lo que acaba de suceder en sitios muy lejanos; hasta el olfato nos advierte de la cercanía de un objeto fétido ó aromático.

104. En la naturaleza misma podemos observar que el tacto se halla en los últimos límites del reino animal; es comun al hombre con el gusano y el pólipo, y aun algunos creen que con la yerba llamada sensitiva. En el hombre se halla con mayor perfeccion que en todos los animales; mas esto no indica su preferencia sobre los demás sentidos, sino que estaba destinado á funciones mas nobles, entre las cuales se distingue el concurrir á la formacion y rectificacion de las ideas relativas al mundo sensible. (V. la *Lógica*, lib. 1, cap. 1.)

CAPÍTULO XIV.

QUÉ NOS ENSEÑAN LOS SENTIDOS CON RESPECTO AL MUNDO CORPÓREO.

105. Por el análisis que precede resulta claro que los sentidos no nos dan á conocer la naturaleza de los cuerpos; solo nos ponen en relacion con ellos, sin presentarnos de los mismos otra cosa que la formá de la extension. Así, deslindando lo que hay en nuestras sensaciones de subjetivo y de objetivo, hallamos que, excepto la extension y el principio de causalidad (física ú ocasional) residentes en los cuerpos, todo lo demás es subjetivo.

106. La sensibilidad externa es una facultad que se nos ha dado para la conservacion del individuo y de la especie, y para conocer las relaciones de las partes del mundo corpóreo entre sí, y con nuestros órganos: estas relaciones, en cuanto sujetas á nuestros sentidos, se reducen á extension y movimiento.

107. Resumiendo esta doctrina, diremos que los sentidos nos enseñan lo siguiente:

1º. Existencia de seres distintos de nosotros, y que (física u ocasionalmente) influyen sobre nosotros.

2º. Distincion de estos seres entre si, y por consiguiente multitud en su conjunto.

3º. Sujecion de los mismos seres á leyes constantes, en sus relaciones entre si y con nuestros órganos.

4º. Forma comun á todos ellos, ó indispensable para que podamos percibirlos sensiblemente: la extension ó la continuidad.

5º. Mudanzas de la relacion de las extensiones parciales con la extension total, ó en el espacio lo que constituye el movimiento.

6º. Todos los medios para apreciar otras calidades de los cuerpos, ya sea en sus relaciones mutuas, yá con nosotros, se reducen á determinar sus efectos por las modificaciones de la extension. Los grados de calor ó de frio son medidos por la altura del mercurio en el termómetro; para otras variaciones atmosféricas nos sirve el barómetro; y en general la intensidad de las fuerzas mecánicas y químicas la apreciamos por medidas del movimiento, esto es, por relaciones en la extension. (V. *Filosofía fundamental*, lib. III, cap. III.)

CAPÍTULO XV.

LA IMAGINACION, Ó SEA LA REPRESENTACION SENSIBLE INTERNA. SU NECESIDAD Y CARÁCTERES.

108. Las sensaciones externas son insuficientes para dirigirnos en las relaciones con el mundo corpóreo; por cuya razon se nos ha dado la facultad de reproducir en nuestro interior, y sin la presencia de los objetos, las impresiones que ellos nos han causado. A esta facultad se la llama imaginacion ó fantasía.

109. Para convencerse de la utilidad y necesidad de la imaginacion, considérese lo que resultaria si ella nos faltase. Solo podriamos tener relaciones con los objetos presentes; pues que, no habiendo representacion interna, perderiamos

la memoria de las sensaciones tan pronto como dejasen de existir. Esto haria imposible el satisfacer las necesidades de la vida. No conoceriamos el alimento que otras veces hubiésemos tomado; no acertariamos á volver á nuestra habitacion, ni la reconoceriamos aunque la encontrásemos por casualidad. No teniendo memoria de nada, no sabriamos lo que anteriormente nos ha sucedido; careceriamos de unidad de conciencia; y una sensacion recibida pocos momentos antes, nos seria tan indiferente y desconocida, como si la hubiese recibido otro hombre en el país mas remoto. Por donde se manifiesta que la facultad de reproducir en nuestro interior las sensaciones pasadas, nos es absolutamente necesaria, y que el Criador nos ha dotado de ella, para que los fenómenos sensibles no fuesen en nosotros una serie de hechos inconexos que á nada pudiera conducir.

110. La imaginacion es una especie de continuacion de los sentidos; pues que solo representa lo que ellos nos han transmitido alguna vez; pero se distingue por ciertas propiedades características que importa consignar.

111. Una de las calidades distintivas de la sensibilidad imaginaria está en que nos ofrece sus representaciones envueltas con la idea del tiempo. Al recordar un paisaje que hemos visto se nos presenta en nuestro interior el paisaje, no de una manera absoluta, sino como reaparicion de una sensacion pasada, lo cual da á la representacion el carácter de recuerdo. Si se nos hiciese la descripcion de un paisaje no visto por nosotros, su representacion no se nos ofreceria con el carácter de recuerdo, sino como un producto de nuestra fantasia excitada por la narracion.

112. Reflexionando sobre esta calidad, se echa de ver que nos era absolutamente necesaria, para no andar perdidos continuamente en un laberinto de representaciones inconexas; la manía y la locura coexisten en esa confusion de lo real con lo puramente imaginario; y el linaje humano no debia ser una reunion de maniáticos y de locos.

113. La imaginacion no solo nos reproduce las sensaciones pasadas, sino que sigue en esto un órden que es el mas conveniente para nosotros. Al recordar un lugar ó tiempo, recordamos naturalmente las varias sensaciones que hemos recibido

en ellos, aunque sean muy diversas. La unidad de lugar ó tiempo les sirve de lazo.

114. Esta union de las sensaciones pasadas por el vínculo del lugar ó del tiempo, dimana de que, habiendo sido recibidas en un mismo tiempo ó lugar, la impresion orgánica de estos queda naturalmente ligada con las de las sensaciones particulares; y así en reproduciéndose la una se reproduce naturalmente la otra.

115. El objeto de este vínculo es, que el ser sensitivo pueda ejercer del modo conveniente sus funciones; porque siendo las ideas de tiempo y lugar puntos fundamentales en todas las relaciones con el mundo corpóreo, no podríamos mantenerlas bien si no se nos hubiese dado esta preciosa facultad con que asociamos las sensaciones diversas. Para buscar lo que deseamos es preciso ir al lugar donde está; para evitar lo nocivo debemos apartarnos del sitio donde se halla; si no tuviésemos la facultad de asociar los recuerdos por el lugar, estaríamos en una confusion continua. Lo propio sucede con el tiempo: esta circunstancia nos es indispensable en muchos casos; sin ella no podríamos dar curso á los negocios mas comunes de la vida; todo lo recordariamos en el mayor desorden. Figurémonos lo que seria un hombre que, pensando en el dia de ayer, no tuviese la facultad de recordar las varias sensaciones del mismo dia, y concebiremos la inmensa importancia de esta facultad asociadora de los recuerdos con el vínculo del tiempo.

116. La semejanza es otro de los lazos que unen las sensaciones: al ver á un hombre parecido á otro, nos ocurre desde luego la idea de aquel á quien se parece. No es necesario detenerse á explicar la utilidad de esta asociacion de ideas; y en cuanto á su origen, no es difícil encontrarlo considerando que objetos semejantes producen en nuestros órganos impresiones semejantes, y por lo mismo es natural que al excitarse la una se excite tambien la otra.

117. Uno de los vínculos mas preciosos que tienen nuestras representaciones es el de los signos arbitrarios, entre los cuales figura en primer puesto la palabra oral ó escrita. Este es uno de los fenómenos mas importantes de nuestro espíritu, y uno de los medios mas eficaces para extender y perfeccionar sus funciones. La palabra *Madrid* ni hablada ni escrita tiene seme-

janza alguna con su significado: la capital de España; sin embargo nos basta oirla pronunciar ó leerla, para que se desenvuelva en nuestro interior la representacion de la populosa villa. El nombre de una persona no tiene ninguna semejanza con ella; pero él basta para que se excite en nosotros la representacion de la misma.

118. La asociacion de las palabras con las representaciones sensibles es tambien una asociacion de sensaciones, porque la palabra hablada ó escrita produce en nosotros una verdadera sensacion auditiva ó visual. Pero en la asociacion constante y ordenada de cosas tan diferentes, se descubre ya la accion de una facultad superior al orden sensitivo: la razon, que distingue al hombre del bruto, y que le coloca á tan inmensa altura sobre todos los animales, aun en lo relativo á los objetos puramente sensibles.

119. El ejercicio de la imaginacion está en algun modo subordinado á la libre voluntad, mas no con sujecion absoluta. La experiencia enseña que imaginamos varios objetos cuando queremos y del modo que queremos; pero tambien acontece con harta frecuencia que no nos es posible evocar imágenes que se nos han olvidado, ni dar á la reaparicion de otras el orden que deseáramos, ni tampoco desvanecer algunas que se nos ofrecen á pesar nuestro, con molestia y á veces aflictiva importunidad.

120. Dependiendo el ejercicio de la imaginacion de las afecciones del cerebro, y no estando sujetas las alteraciones de este órgano al imperio absoluto de la voluntad, se comprende fácilmente porqué nos hemos de encontrar muchas veces con representaciones que no quisiéramos. Después de un suceso que nos ha causado profunda impresion, con mucha dificultad evitamos que se nos represente; la razon de este fenómeno se halla en que las alteraciones orgánicas dejan huella tanto mas honda; y por consiguiente se reproducen con tanta mayor facilidad, cuanto han sido mas vivas, cuanto mas han afectado el órgano que nos las ha trasmitido.

121. No se limita la imaginacion á la reproduccion de las sensaciones pasadas, sino que tomando de ellas lo que le conviene, forma conjuntos ideales á que nada corresponde en la realidad. Esta fuerza de combinacion es la base de las artes

mecánicas y liberales: sin ella el hombre no haría nunca nada nuevo, estaría limitado á copiar la naturaleza de una manera fija, invariable, sin añadir ni quitar nada; la geometría, que necesita continuamente de combinaciones de figuras puramente imaginarias, sería también imposible.

122. La fecundidad de la imaginación se ejerce á veces independientemente de nuestra voluntad; así nos acontece que nos ocurren conjuntos puramente ideales, ora hermosos y encantadores, ora deformes y horribles. Pero no puede negarse que aquí se manifiesta ya de una manera mas clara el imperio de la voluntad, y la existencia de un orden de facultades superiores á las sensitivas. En pocas palabras se nos da la idea de un conjunto complicadísimo, que nos es imposible representarnos de pronto en la imaginación; pero la razón, que se ha penetrado de la idea, toma bajo su dirección á la fantasía y la obliga á trazar una á una todas las figuras necesarias, y á representarla en todas sus relaciones. Así acontece á cada paso con los pintores, escultores, y también con todos los constructores mecánicos: en dos palabras se les encarga una obra cuyos detalles exigen prodigiosos esfuerzos de imaginación y á veces muchos años de trabajo. (V. la *Lógica*, lib. I, cap. I y II.)

CAPÍTULO XVI.

PERTURBACIONES DE LA REPRESENTACION SENSIBLE INTERNA. — SUS RELACIONES CON LA ORGANIZACION.

123. Cuando las facultades intelectuales están integras y los órganos sensitivos ejercen sus funciones de la manera conveniente, distinguimos entre la sensación real y la imaginaria: así acontece durante la vigilia mientras el hombre está en su juicio.

124. Pero al cesar los sentidos en sus funciones como en el sueño, si la facultad de las representaciones internas se pone en acción, se halla sin el contrapeso de las impresiones externas, y así nos ofrece sus imágenes con mas viveza; y siendo por otra parte muy escasa ó enteramente nula la reflexión á causa del entorpecimiento de las facultades intelectuales,

tomamos por una realidad lo que solo existe en nuestra fantasía.

125. A los maniáticos no les falta la acción de los sentidos externos; pero la representación interna es tan viva á causa de la perturbación orgánica, que no pueden distinguir lo interno de lo externo.

126. Para hacer buen uso de las representaciones imaginarias, necesita el hombre hallarse en el pleno ejercicio de sus facultades tanto sensitivas como intelectuales: la acción de las primeras templó la viveza de la representación interna, y la deja en aquel grado conveniente de palidez, indispensable para no confundir lo imaginario con lo real; por medio de las segundas reflexionamos sobre las sensaciones tanto internas como externas, las comparamos entre sí y las discernimos; llegando de este modo al conocimiento de la verdad.

127. Así se explica porqué las personas de una imaginación muy viva están mas expuestas al desorden mental. Semejante viveza depende de la mayor susceptibilidad de los órganos, la cual exaltada con algun accidente produce las perturbaciones conocidas con los nombres de delirio, manía, monomanía y locura.

128. La íntima relación de las sensaciones con la organización explica muchos fenómenos que sin esto no podrían comprenderse.

A veces experimentamos sensaciones á que nada corresponde en lo exterior. En el delirio, en la manía, en el sueño, tenemos realmente la sensación de objetos que no están presentes: la conciencia nos atestigua la realidad de la sensación en nosotros, y de una manera tan clara y viva que no nos consiente ninguna duda; y no obstante las reflexiones posteriores nos cercioran de que aquella sensación era un fenómeno puramente interno, al que nada correspondía en la realidad. Esto se explica atendiendo á las relaciones de la sensibilidad con los órganos.

129. La sensación depende de ciertas alteraciones orgánicas; y de estas no resulta el fenómeno sino en cuanto se terminan en el cerebro. Supongamos, pues, que el cuerpo A, afectando el órgano externo, produce en el cerebro la alteración M, á la cual siga por las leyes de la naturaleza la sensación N. Es claro

que si una causa puramente interna produce en el cerebro la misma alteracion M, percibirá el alma la sensacion N, como si estuviese presente el cuerpo A.

130. Esta teoría no es una mera hipótesis; pues se funda en un hecho cierto, cual es la correspondencia de las alteraciones cerebrales con determinadas sensaciones; y en otro muy probable, á saber, el que causas puramente internas pueden en algunos casos producir en el cerebro alteraciones idénticas á las que nacen de la accion de los órganos afectados por un cuerpo externo. Siéndonos desconocido qué alteraciones orgánicas cerebrales son indispensables para las respectivas sensaciones, no es posible demostrar que aquellas pueden dimanar de causas puramente internas; pero salta á los ojos que ora consistan dichas alteraciones en una vibracion de las fibras, ora en la circulacion de un flúido ó en otro movimiento cualquiera, está en la esfera de la posibilidad, y aun de muy plausible probabilidad, el que esas vibraciones ó movimientos, sean cuales fueren, se repitan en el cerebro sin necesidad de un agente que obre sobre nuestros órganos externos.

131. La imaginacion, ó bien esa facultad con que se representan en nuestro interior las sensaciones pasadas, se puede explicar por el mismo principio. Nada sensible se nos representa en lo interior sin que lo hayamos experimentado en lo exterior: pues que aun las representaciones mas extrañas y monstruosas se forman de un conjunto de sensaciones que en realidad han existido en nosotros. Finjase el monstruo de que nos habla Horacio: hermosa cabeza de mujer, cerviz de caballo, miembros de diferentes especies cubiertos de raro plumaje, y por fin terminando en un pez deforme; este conjunto no lo hemos visto nunca, pero hemos visto cabezas de mujer, cervices de caballo, y todo lo demás que hacemos entrar en el monstruo. Cuando una sensacion falta, falta tambien su imaginacion correspondiente; el ciego de nacimiento jamás imaginará nada colorado, ni el sordo nada sonoro. Luego es cierto que las representaciones imaginarias son una continuacion de la sensibilidad externa, y que, así como esta, deben tambien depender de las impresiones del cerebro.

132. De las representaciones imaginarias, unas están sujetas á la voluntad, otras no; á veces imaginamos un objeto porque

queremos; á veces nos ocurre aun cuando no queramos; y no es raro el que deseemos representarnos una cosa sin que podamos conseguirlo. Esta variedad de fenómenos confirma la misma doctrina.

133. Estando despiertos se representa fácilmente á la imaginacion lo que hemos sentido recientemente; y esta facilidad es proporcional á la viveza de las sensaciones. Una escena horrible que nos ha causado impresion profunda se nos presenta repetidas veces y nos cuesta trabajo el apartarla de la imaginacion; así como otra que nos haya producido vivo placer nos encanta durante largo tiempo con su grata memoria. Este hecho manifiesta que las representaciones imaginarias dependen de las impresiones cerebrales, pues que se hallan en proporcion con la viveza de las mismas.

134. Durante la vigilia distinguimos entre la imaginacion y los sentidos, ya porque estos se hallan en ejercicio actual y por consiguiente debilitan la representacion imaginaria, ya tambien porque, estando la razon en su plenitud, reflexiona lo bastante para discernir entre una y otras impresiones. En el sueño percibimos esta diferencia; y las representaciones puramente imaginarias se nos ofrecen como sensaciones reales. Este hecho, atestiguado por la experiencia de todos los dias, confirma el principio establecido de que la representacion imaginaria no es mas que una continuacion de la sensacion, ó hablando con mas exactitud, una sensacion que se verifica en solo el cerebro, repitiéndose por causas internas la misma impresion que en él habia producido la accion de los órganos externos.

135. De esto resulta que aun estando despiertos podrán las representaciones imaginarias parecerse sensaciones reales, pues para esto basta el que las causas internas sean tan poderosas que produzcan en el cerebro alteraciones iguales ó mayores que las producidas actualmente por los órganos de los sentidos. Y hé aquí la explicacion del delirio, el cual no es otra cosa que una serie de representaciones imaginarias tan vivas que ocupan el lugar de las sensaciones externas. En confirmacion de esta teoría está el hecho constantemente observado, de que las enfermedades nerviosas producen con facilidad el delirio. Esto es muy natural, porque, hallándose

afectado el sistema nervioso, órgano de la sensibilidad, se perturban más fácilmente las funciones de esta; pues que la mayor excitación de los órganos puramente internos hace que las impresiones dimanadas de ellos se sobrepongan á las que nos vienen de los objetos externos.

136. La locura, las manías y monomanías tienen su origen en el mismo hecho fisiológico. Una causa cualquiera produce perturbación en el cerebro; y esta ocasiona á su vez, ó la firmeza en una idea, ó el desorden en todas ellas. Cuál sea la alteración orgánica suficiente para producir esas alteraciones no es fácil determinarlas. Morgagni y otros han observado que el cerebro de algunos locos muy tenaces y obstinados era más consistente que el del común de los hombres; así como el de otros que padecían suma incoherencia y volubilidad de ideas se distinguía por una blandura excesiva, parecida al comienzo de una disolución. Sin que trate de mayor ni combatir la verdad de estos hechos, observaré que son todavía poco numerosos para formar una inducción que pueda servir para fundar, no diré certeza, mas ni siquiera probabilidad. En este punto se halla muy atrasada la ciencia, y está por ahora ceñida á recoger hechos. Pero sea de esto lo que fuere, no hay necesidad aquí de mayor adelanto fisiológico, para el conocimiento de la verdad psicológica, á saber: la relación de las perturbaciones mentales con las alteraciones orgánicas.

137. Las relaciones del cerebro con la voluntad libre también se hallan envueltas en un profundo misterio. No ignoro que, según los fisiólogos, este órgano es de los que ejercen sus funciones independientemente de la voluntad; pero me atrevo á dudar de que esta observación fisiológica sea de todo punto exacta. Claro es que no se trata de si la voluntad libre puede comunicar al cerebro movimientos determinados, á la manera que los imprime á otros órganos, como por ejemplo al de la voz; la indicación se refiere á un aspecto de la cuestión bastante más delicado y difícil: no nace de la observación fisiológica, sino de la psicológica: un hecho constantemente observado por la psicología ofrece ancho campo á las indagaciones de la fisiología. Indicaré en pocas palabras la razón de la duda.

138. Aunque el cerebro no esté sujeto á nuestra libre voluntad, parece que en ciertos casos podemos producir en él ciertas

alteraciones, como debe suceder cuando por un acto libre imaginamos una serie de objetos. La representación de estos no se excitaria sin el correspondiente movimiento cerebral; y así, por lo mismo que está en nuestro poder excitar la primera, señal es que de nosotros depende el provocar el segundo. Poco importa decir que nosotros no tenemos conocimiento de cómo esto se verifica, pues tampoco conocemos el modo con que al imperio de la voluntad se siguen los movimientos del cuerpo. La diferencia entre estos dos casos consiste en que los movimientos musculares podemos mandarlos siempre que queremos, seguros de ser obedecidos, y los cerebrales no, como lo experimentamos más de una vez, esforzándonos en vano para recordar una palabra ó una imagen; pero esto solo prueba que los dos imperios de la voluntad son de un orden diverso, y están sometidos á condiciones diferentes; mas no que no deba reconocerse un verdadero imperio de la voluntad en algunas impresiones cerebrales. El modo con que esto se verifica deben explicarlo los fisiólogos, si quisieran extender sus investigaciones sobre este importante fenómeno. Me contento con indicar el problema; consigno el hecho ideológico, al que probablemente debe corresponder un hecho fisiológico que considero difícil de averiguar.

139. Si se dijese que estas operaciones internas se verifican sin ninguna función cerebral, preguntaré cómo es que se perturban con las alteraciones orgánicas; cómo es que la facultad de ejecutarlas sigue un curso ascendente en la infancia y descendente en la vejez; preguntaré por fin cuál es la razón de que el ejercicio fortalezca dicha facultad lo mismo que las que se refieren á otros órganos. Estos hechos indican claramente que su ejercicio va acompañado de ciertas funciones cerebrales; y como semejante ejercicio se halla sujeto muchas veces á nuestra libre voluntad, resulta que esta, á más del imperio absoluto que posee sobre ciertos movimientos del cuerpo, lo disfruta también, aunque con limitación, sobre determinadas impresiones cerebrales. Las perturbaciones mentales traen su origen de la pérdida de este imperio.